

La teología en la universidad católica*

*Mons. Guy-Réal Thivierge***

Resumen

El texto presenta algunas reflexiones sobre la situación en que se encuentra la tradición cristiana de la educación, sus raíces y sus evoluciones, es decir, la evolución de la visión eclesial de la educación. En un segundo momento, se aborda el binomio universidad-católica, sus relaciones con la sociedad civil y con la Iglesia, cómo se aplica esta visión de la educación en la universidad católica. Finalmente, se habla del papel y el lugar de la teología en el contexto de la universidad católica.

Palabras clave: universidad, teología, educación.

* Ponencia en la *Lectio inauguralis* de la Facultad de Teología de la Universidad Santo Tomás, el 31 de julio de 2012.

** Doctor en Teología Dogmática y con estudios bíblicos en el Instituto Bíblico de Roma. es consultor de la Congregación para la educación Católica de la Santa Sede y miembro del Comité Científico de la Agencia de Evaluación y Calidad de las Facultades Eclesiásticas de la Santa Sede (Avepeo). Desde 1995 es director del Centro de Investigación de la Federación Internacional de Universidades Católicas (fiuc), y desde 2001 es secretario general de ella. También es presidente emérito del Centro Católico Internacional de Cooperación con la Unesco. Correo electrónico: grthiv@aol.co

Introducción

Tengo a bien agradecer a las autoridades de esta universidad, y de modo más especial al padre Orlando Rueda Acevedo, O. P., prior provincial y presidente del Consejo de Fundadores de la Universidad, a su rector, el padre Carlos Mario Alzate Montes, O. P., y al decano de la Facultad de Teología, padre Samuel Forero Buitrago, O. P., que me han hecho el honor de invitarme a tomar la palabra hoy ante ustedes.

La teología en la universidad católica es una problemática que se puede abordar desde varios frentes. Me parece importante aportar, en un primer tiempo, algunas reflexiones sobre la situación en que se encuentra la tradición cristiana de la educación, sus raíces y sus evoluciones; en otras palabras, presentaré la evolución de la visión eclesial de la educación. en un segundo momento, abordaré el famoso binomio *universidad-católica*, sus relaciones con la sociedad civil y con la Iglesia, y cómo se aplica esta visión de la educación en la universidad católica. y comentaré el papel y el lugar de la teología en el contexto de la universidad católica.

Tradición cristiana de la educación

A modo preliminar plantearé la siguiente pregunta: ¿hay una práctica específicamente cristiana de la educación? La cuestión versa sobre la originalidad propia de una práctica de la educación que se refiera al cristianismo. Está, en primer lugar, el considerar la difícil asociación entre la dimensión existencial de la fe y la objetividad social de las instituciones eclesiales. y, de modo todavía más fundamental, ¿existe un ámbito propio para la fe cristiana? esta fe se sitúa, ya desde el origen, en el campo de las escrituras hebreas, arameas, griegas y latinas, de las que pretende ser su intérprete y actualización. Del mismo modo, la fe cristiana inserta su acción en innumerables sectores de actividades que no le pertenecen por naturaleza: por ejemplo, la cultura, la educación, la sociedad, los medios caritativos y solidarios, la política (la democracia cristiana) y muchos otros más. esta fe se caracteriza en estos sectores por una manera de ser, de obrar, por un estilo, una actitud, un enfoque, una visión y unos valores.

¿Cuál es esa variante cristiana que la fe crea en las prácticas? Una ética cristiana se caracterizaría, entre otros elementos, por los límites o los añadidos que marcaría en las actividades privadas y públicas. Tal como subraya Michel de Certeau,

el cristiano sería alguien que, en sus tareas, permanecería más allá de ciertos umbrales [pensemos en los límites (interdicciones) que impone el Decálogo] o que, muy por el contrario, sobrepasaría las normalidades estatutarias mediante supererogaciones, codicilos y excesos [amar sin límites, perdonar setenta veces siete]. De las intervenciones cristianas resultaría un conjunto de interrupciones o de desbordamientos; a partir de ese momento esas intervenciones se podrían caracterizar como un trabajo sobre el *límite* (equilibrio). Ahora bien, este último varía según los individuos en términos de contenidos definidos (1974, p. 84).

Aquí tenemos una constatación que deja el campo abierto a múltiples variaciones en la determinación de lo que es una práctica cristiana (católica) de la educación, que está también y siempre en función del contexto histórico, cultural y social del momento. Un breve y rápido examen de la historia reciente de los grandes textos publicados por el Magisterio, el hecho de sacar a la luz ciertos desplazamientos del pensamiento puede ayudarnos a comprender mejor algunas evoluciones en la práctica cristiana de la educación, que permanecerá sometida siempre a la ley implacable del tiempo, del espacio y de la encarnación.

La cuestión no se planteó verdaderamente más que a partir de finales del siglo xviii y en el xix, con la aparición y el desarrollo de la escuela y de las universidades públicas. Las relaciones entre familia, Iglesia y estado se convirtieron, entonces, en el corazón de la problemática. en el siglo xix, los papas hablaron poco sobre el contenido preciso de la educación cristiana. Con todo, aparecen ya algunos grandes principios en el conjunto de sus enseñanzas:

1. La Iglesia es, por definición, una institución docente (principio profético).
2. El saber está ordenado a la salvación; las materias profanas tienen un estatuto subordinado (principio misionero).

3. La enseñanza es una obra de caridad (principio diaconal).
4. La enseñanza se realiza en nombre de la Iglesia, que delega su misión docente (principio confesional).
5. Tres son los actores que se deben considerar: la familia, la Iglesia y el Estado o la sociedad civil; el derecho y el papel de cada uno son desiguales y complementarios (principio jurídico).

La importancia relativa y el equilibrio de estos cinco principios son variables y permiten una adaptación al contexto de la época o del régimen de enseñanza. Cada escuela, cada universidad católica, de servicio público o privado, actualiza estos principios de una manera diferente.

en el siglo xx, la encíclica *Divini illius magistri*, publicada por el papa Pío XI en 1929, ofreció una primera síntesis de la doctrina pontificia. Dos fueron las circunstancias que brindaron la ocasión: el totalitarismo y la voluntad de confiscación de la educación por parte del Estado, por una parte, y la corriente de la educación nueva y su naturalismo pedagógico, por otra. en respuesta al totalitarismo, la encíclica insiste en la articulación de las relaciones entre la familia, la Iglesia y el estado. Sobre el punto de vista de las doctrinas pedagógicas, la encíclica se opone, recordando el pecado original, a toda libertad absoluta del niño o del estudiante, aun cuando se recomiende su colaboración activa.

En lo que se refiere a la estructuración del contenido, cinco elementos se ponen de relieve: los responsables de la educación, el sujeto, el medio, la finalidad y la forma. Los responsables son las tres sociedades necesarias, en una medida proporcionada y correspondiente a la coordinación de sus respectivos fines; la educación se dirige a todo el hombre (sujeto) como individuo y como ser social, en el orden de la naturaleza y en el de la gracia, sin olvidar que los efectos del pecado original subsisten en la naturaleza humana; el medio de la educación debe estar en armonía con el objetivo propuesto, aunque el medio escolar o académico debe armonizarse positivamente con la familia y la sociedad civil; la educación consiste esencialmente en la formación del hombre (finalidad), la cual le enseña lo que debe ser y cómo debe comportarse en esta vida terrestre para alcanzar el fin sublime para el que ha sido creado; lo que importa por encima de todo es iluminar la inteligencia y fortalecer la voluntad por medio de las verdades sobrenaturales y con la

ayuda de la gracia (forma), sin la cual es imposible alcanzar la perfección requerida por la acción educadora de la Iglesia. Como pueden constatar, ya había comenzado el debate, siempre actual, sobre el papel más o menos activo del educador, sobre la libertad y la autonomía más o menos extensa del alumno y del estudiante en su propia formación y sobre la relación entre saber, ciencia y ley divina (ciencia y fe).

Con todo, deberemos esperar al Concilio Vaticano II y a la declaración *Gravissimum educationis momentum* del 28 de octubre de 1965 para tener una nueva luz sobre el sentido de la educación para el mundo de hoy. Con este texto, tenemos una nueva carta magna de la educación cristiana, cuyo tono optimista y abierto es típico del contexto del Concilio Vaticano II. Respecto de Pío XI, que ponía a las instituciones en el punto de partida de la reflexión sobre la educación, la declaración parte del hombre y de su vocación y sitúa la educación en un marco antropológico. La Iglesia, en virtud de su misión, se pone al servicio del derecho a la educación, que está ligado a la dignidad de la persona y a su libertad: “[...] ayuda a todos los pueblos a promover la perfección cabal de la persona humana, incluso para el bien de la sociedad terrestre y para configurar más humanamente la edificación del mundo” (núm. 3).

La declaración proclama los principios generales que deben regir toda educación digna del hombre. es interesante señalar que el documento conciliar versa sobre la educación cristiana y no exclusivamente sobre la educación católica. Muy lejos de defender su único campo, el de los bautizados, es todo hombre el que la Iglesia tiene la misión de liberar, de salvar. este primado de la intención pastoral conduce a poner el acento esencialmente sobre la educación en la fe, sea cual sea el medio educativo. Para Pío XI, la escuela (y los ámbitos de enseñanza) tenían un carácter secundario respecto de la familia y de la institución eclesial. La declaración conciliar la presenta como “un centro de cuya laboriosidad y de cuyos beneficios deben participar a un tiempo las familias, los maestros, las diversas asociaciones que promueven la vida cultural, cívica y religiosa, la sociedad civil y toda la comunidad humana” (núm. 5).

está claro que la presencia de la Iglesia en los ámbitos escolares y universitarios se manifiesta a título particular en las escuelas y las universidades

católicas¹. estas últimas, en la misma medida que los otros ámbitos educativos, persiguen fines culturales y la formación humana de los estudiantes. Lo que les corresponde como propio es

crear un ambiente comunitario escolástico (y universitario), animado por el espíritu evangélico de libertad y de caridad, ayudar a los adolescentes (y a los estudiantes) para que en el desarrollo de la propia persona crezcan a un tiempo según la nueva criatura que han sido hechos por el bautismo, y ordenar últimamente toda la cultura humana según el mensaje de salvación, de suerte que quede iluminado por la fe el conocimiento que los alumnos (y los estudiantes) van adquiriendo del mundo, de la vida y del hombre (núm. 8).

Podemos constatar que nuestra misión está marcada siempre por estos límites, por estas aperturas en positivo y en negativo, por estas tensiones que, lejos de ser paralizantes o incluso mortíferas, son fuerzas creadoras de futuro, pues, nos invitan a la vez al discernimiento y a la superación con una doble fidelidad al hombre y a Dios. Se trata, en cierto modo, de una vinculación a la tierra y al cielo, a la historia y a la eternidad, a la razón y a la fe, a la construcción del mundo de hoy y del Reino presente y futuro. esto supone decir hasta qué punto llega nuestro deber de garantizar la síntesis entre la cultura y la fe, por una parte, y entre la fe y la vida, por otra. estas síntesis se llevan a cabo de este modo: la primera, por la asimilación, a la luz del mensaje evangélico, del saber humano contenido en las diferentes disciplinas; la segunda, mediante la adquisición del espíritu y de las virtudes que caracterizan al cristiano.

1 La Congregación para la educación Católica ha publicado más recientemente otros textos: *La escuela católica* (1998); *Dimensión religiosa de la educación en la escuela católica* (1988); *Ex corde ecclesiae* (1990); *Educación juntos en la escuela católica. Misión compartida por las personas consagradas y los fieles laicos* (2007).

Universidad y católica

en este amplio contexto de la educación cristiana que nos ofrecen las referencias esenciales en estos campos, vamos a detenernos ahora de un modo más particular en la universidad católica. el primer hecho que deseo subrayar es que la universidad no es una construcción teórica, sino una realidad viva y que, en virtud de ello, forma parte del mundo contemporáneo. Nuestras universidades católicas, por su parte, también están presentes y activas en muchísimos países y con frecuencia de manera significativa. Doscientas siete de ellas, las más importantes, forman parte de la Federación Internacional de Universidades Católicas, aunque el número de instituciones de enseñanza superior católicas supera ampliamente esta cifra y se aproxima a las 1500, según las últimas estadísticas establecidas por la Congregación para la Educación Católica; y más de 220 de ellas se encuentran en América Latina. esta presencia se expresa en las condiciones institucionales y culturales más diferenciadas: países ricos, países pobres, países en vías de desarrollo, países de tradición cristiana y católica, países donde dominan otras confesiones religiosas, otras religiones. En algunos casos, cuentan con la ayuda financiera del estado, mientras que, en otros lugares, pasan por situaciones de pobreza trágica, incluso de marginalidad, cuando no en el límite de la persecución. Tanto en las instituciones seculares de europa como en las que se crean cada año en los nuevos continentes, los problemas académicos y financieros a los que tienen que hacer frente son considerables y solo pueden ser superados gracias a una convicción fuerte, profunda y ampliamente difundida del sentido y de la importancia de la misión que se les ha confiado.

Son estas convicciones las que, en el seno de unas situaciones radicalmente contrastadas, alimentan las mismas generosidades y, más allá de los contrastes, engendran la pertenencia común a una familia espiritual de universidades.

Por encima de sus convicciones, de sus realizaciones y de su dinamismo, ¿cuál es el motor (*primum movens*) que las anima? Para responder a esta cuestión, no voy a partir, una vez más, de consideraciones teóricas, sino de la experiencia que tenemos todos nosotros, porque estamos comprometidos como profesores, investigadores, estudiantes y administradores en alguna universidad católica. ¿Qué pueden significar para nosotros y para al mundo

de hoy el sustantivo *universidad* y el adjetivo *católica* y, sobre todo, el hecho de unirlos, de ligarlos entre sí? *A priori*, significa que reivindicamos, al mismo tiempo, la ambición de ser plenamente universitarios y el hecho de asumir esta ambición en fidelidad a una inspiración cristiana y a una pertenencia a la Iglesia.

Pertenece, a la vez, a la sociedad civil en su servicio de elaboración y de difusión de conocimientos, pero también a la Iglesia. Pretendemos servir lealmente a ambas, es decir que nos situamos en cierto modo en la interfaz, en su punto de encuentro, que puede ser de divergencia o de convergencia, de enfrentamiento o de diálogo. esta es nuestra situación de principio. Con todo, todavía tenemos que ver si se trata verdaderamente de una realidad y no solo de una yuxtaposición de términos; lo que significaría que constituiríamos bien universidades que no tendrían de católicas más que el nombre, o bien instituciones con finalidades exclusivamente religiosas y eclesiales, que llevarían el título de universidad de una manera abusiva. La cuestión no es vana y la experiencia muestra que estas dos hipótesis (la de una universidad que no tiene de católica más que el nombre o la de una institución religiosa que no tiene de universidad más que el nombre) desgraciadamente no son cuestiones de escuela.

Personalmente, tengo la íntima convicción, y lo verifico en mi práctica cotidiana, de que se puede ser verdaderamente universidad católica con una fidelidad plena y original tanto a la sociedad civil como a la Iglesia. En consecuencia, les invito a profundizar, sucesivamente, en las dos dimensiones de esta interfaz: nuestra presencia no solo como universidad, sino como universidad católica en la sociedad civil, y nuestra presencia no únicamente como institución católica, sino como universidad católica en la Iglesia.

La universidad católica en la sociedad civil

Antes de interrogarnos sobre el papel de la universidad católica, es preciso recordar vigorosamente un imperativo básico al que nadie escapa: una universidad católica debe ser, tan plenamente como le sea posible, una universidad. Como las otras instituciones de enseñanza superior y de investigación de nuestros respectivos países y de todo el mundo, participamos en la

apasionante tarea de elaborar y difundir el conocimiento al nivel más elevado, tarea que, para nuestras sociedades contemporáneas, es el resorte de su dinamismo, la llave de su futuro, el yacimiento esencial de su capacidad de progreso y renovación. en virtud de ello, nos encontramos en nuestro sitio y formamos, con todos nuestros colegas, un equipo de artesanos del futuro. y debemos asumir este trabajo de investigación y de enseñanza superior con todas sus exigencias de rigor, seriedad, honestidad, adaptabilidad, apertura a la vida profesional y social. La fe cristiana en esta materia no nos dispensa de ninguna de estas exigencias, sino al contrario. No nos aporta ningún método ni ningún resultado particular, científico o pedagógico. Recordemos que esta fe nos sitúa en el *límite* del compromiso y de la superación, en una situación constante de libertad y de discernimiento. Debemos intentar hacer nuestro trabajo lo mejor posible, promover de manera incansable la calidad de nuestras investigaciones y de nuestras pedagogías, de nuestras ramas de formación, adaptarnos lo mejor posible a las exigencias de la transformación del mundo del cual somos responsables.

es en el corazón de este trabajo, no al lado ni encima de él, donde puede y debe expresarse el papel específico de una universidad católica. ¿Cómo se lleva esto a cabo? Aquí entra en juego el papel de las personas, porque la tarea universitaria no es nunca puramente técnica o científica. El hombre o la mujer que se involucra en ella no aporta únicamente sus conocimientos, sino también sus comportamientos, valores, ética y concepción de vida, sin olvidar su visión de la vida universitaria y su aportación a la Iglesia. esto es particularmente verdad referido a la enseñanza y, aunque de un modo menos aparente, afecta asimismo a la investigación. y es que la pedagogía expresa y transmite la totalidad de una persona: su abnegación y su entrega a los otros, su respeto a la verdad, su concepción de la vida personal, profesional y social. Nosotros no compartimos solo los conocimientos y las técnicas, sino también los valores y la ética. Siempre es posible intentar ser lo más rigurosos y objetivos posible, pero nunca somos verdaderamente neutros. Nunca es posible separar al hombre universitario del trabajo de formación que lo absorbe. La pedagogía nunca es inocente, ya sea conscientemente o no.

y si la ética está muy presente en el corazón del proceder del profesor o del investigador, no es por efecto de un azar desgraciado. es porque la exigencia ética es la manifestación de una llamada que viene de lo más

profundo del alma humana, que es como la huella de su vocación en ella. y esta vocación es la que confiere al hombre su eminente dignidad, que exige que se le trate siempre y en todas partes como un fin, nunca como un medio. en este marco, la vocación de la universidad no es solo la del conocimiento y la ciencia, sino también la de la sabiduría. Hoy más que nunca, la ciencia necesita una *razón de ser* para servir a la humanidad de una manera eficaz. Y los hombres y las mujeres que practican esta ciencia necesitan dar un sentido, y hasta una esperanza, a su investigación y a sus enseñanzas. es oportuno y fecundo para la sociedad que los que participan en una misma visión cristiana del hombre y de su destino puedan encontrarse, explícitamente, en el seno de una universidad católica, para trabajar juntos en esta búsqueda del sentido, iluminados y estimulados por su fe. Lo harán sin incurrir ni en el dogmatismo ni en la exclusividad, sino gracias a sus convicciones y a sus dotes.

El servicio eclesial de nuestras universidades católicas

el servicio que prestamos a la sociedad civil no es, evidentemente, la única dimensión de nuestra especificidad como universidad católica ni de nuestro papel en el mundo contemporáneo. Dado que estamos situados en la interfaz de la sociedad civil y de la Iglesia, asumimos también un servicio eclesial. y este servicio es esencial, a la vez, a nuestra identidad y a la tarea que asumimos en el mundo actual. Al contribuir a dar a la Iglesia un cierto grado de apertura, capacidad, evolución, rigor y credibilidad, asumimos, a buen seguro, un servicio eclesial, pero a través de ella también un servicio dirigido al mundo contemporáneo.

¿Cuáles pueden ser, pues, el sentido y el contenido de esta segunda dimensión de nuestra especificidad y de nuestra misión el servicio eclesial en nuestra universidad católica? Me tomaré la libertad de precisar que no puede tratarse, en mi modo de pensar, de una categoría de actividades completamente diferenciada de otras, en cierto modo yuxtapuesta e incluso tabicada respecto de ellas. es en virtud del conjunto de nuestros trabajos por lo que estamos, a la vez, al servicio de la sociedad y de la Iglesia. Ahondar y difundir la cultura religiosa constituye claramente un aporte a la calidad de la sociedad civil y, recíprocamente, reflexionar con la inspiración de la

fe y de la magna tradición intelectual cristiana sobre los grandes problemas humanos y éticos de nuestro tiempo constituye un servicio preciosísimo de testimonio y de presencia que prestamos a la Iglesia. Comprenderán, por consiguiente, que aquí se trata mucho más de describir dos finalidades que dos categorías distintas de actividades.

Mencionemos, en primer lugar, el servicio eclesial. yo me refería a él hace un momento caracterizándolo por el conjunto de nuestras actividades de enseñanza y de investigación, desarrolladas según el espíritu y con las exigencias que hemos descrito. Tenemos aquí un elemento esencial de la presencia de la Iglesia en el mundo. “Unir la luz de la Revelación al saber humano para iluminar el camino recientemente emprendido por la humanidad”, nos enseña la constitución *Gaudium et spes* (núm. 33). esa es la vocación de todo cristiano y, en particular, de una institución cristiana universitaria. Vivimos en unas sociedades donde el nivel y el contenido de los conocimientos crecen y se renuevan incesantemente. Ahora bien, ni la fe ni las comunidades cristianas pueden quedarse al margen de esta evolución. Su credibilidad está en causa, y la única calidad técnica de nuestras enseñanzas y de nuestras investigaciones constituye ya en sí un elemento apologetico importante, con el que se muestra que los cristianos, los universitarios católicos, están presentes y muy implicados en la evolución del mundo.

este servicio de presencia y de testimonio no es el único. en un sentido más profundo todavía, la fe está interpelada por las mutaciones científicas, tecnológicas y culturales. Su contenido y, *a fortiori*, el contenido de sus implicaciones éticas no es ni intemporal ni desarraigado. Se explicita y se vive por unos hombres y unas mujeres, en unas sociedades insertadas en una época y unos lugares determinados, marcados por un estado de los conocimientos y una cultura. en consecuencia, es esencial aculturar la fe, trabajar en ello sin pausa, muy en particular en los periodos de mutación radical de los conocimientos y de la cultura. Aquí tenemos el segundo aspecto de nuestra vocación: llevar a la Iglesia jerárquica y a toda la comunidad cristiana los aportes y la problemática de la evolución científica y cultural. Ninguna sociedad puede prescindir de la formación y de la investigación. esto es asimismo verdad en el caso de la Iglesia, y a este respecto tenemos que prestarle un servicio considerable de investigación científica y de formación filosófica, teológica, ética, y esto, por supuesto, en vinculación con

las diversas disciplinas, sobre todo, con las ciencias humanas, cuyos aportes pueden resultar preciosos.

Permítanme compartir hoy con ustedes otra de mis convicciones fundamentales: el pensamiento de la Iglesia, su magna tradición intelectual de ayer, la de hoy y la de mañana, rica y siempre abierta, se elabora también en la universidad católica.

Por consiguiente, nuestras universidades deben ser verdaderos “laboratorios eclesiales” que estimulen y enriquezcan la profundización, la aculturación de la fe. Tenemos aquí un desafío fundamental para nuestra comunidad cristiana y para el mundo contemporáneo. y debemos asegurar esta tarea en todos los niveles: local, regional, nacional e internacional, y para una variedad de públicos cada vez más amplios y exigentes.

La universidad católica al servicio de la Iglesia

Nosotros representamos en la Iglesia un ámbito original, que forma parte de la comunidad eclesial, pero que no por ello es un dicasterio. Nuestro papel no consiste en participar en la función de gobierno de la Iglesia, sino en su misión de investigación, educación, testimonio y presencia. y para llevarlo a cabo necesitamos, estructuralmente, al mismo tiempo, unos vínculos de confiada colaboración con las autoridades jerárquicas, aunque también espacios de libertad. y es que la investigación no puede desarrollarse más que en un marco de libertad académica. La manera de combinar estas dos exigencias no siempre resulta fácil de articular. Recibe, según los países, según las instituciones y los momentos históricos, soluciones estructurales diversas y variadas. Lo esencial es asumir ambas exigencias en la fe, la esperanza y el respeto, con las tensiones a veces dolorosas, con frecuencia creativas, que puedan engendrar. Sin embargo, es preciso asumir las dos, precisamente porque somos a la vez plenamente Iglesia y plenamente universitarios. Como dijo Juan Pablo II en el Instituto Católico de París en 1980, palabras recogidas al pie de la letra en la Constitución Apostólica *Ex corde ecclesiae* en 1990: no se puede “oponer como si fuesen antitéticas: la búsqueda de la verdad y la certeza de conocer ya la fuente de la verdad” (núm. 1).

La teología en la universidad católica

Vamos a abordar ahora el papel más específico de la teología en la universidad católica. Ya hemos sacado a la luz varios aspectos que se refieren al papel esencial de la fe eclesial como fuerza estructuradora y comprometedora de la misión de nuestras instituciones de enseñanza superior. ¿Ocupa la teología un lugar privilegiado en ella?

Forma parte de la responsabilidad de una universidad católica consagrarse a la inteligencia de la fe, al diálogo entre fe y ciencia, fe y cultura. Pensamos a la misión de la Orden de Predicadores, fundada para la evangelización, para promover este diálogo de amistad de Dios con la humanidad, que implica la búsqueda de inteligencia y de sentido. esta misión universitaria se realiza, la mayoría de las veces, en los marcos formales de un departamento o de una facultad de teología, o a través de programas de formación teológica y religiosa ofrecidos a los estudiantes, adaptados, a menudo, a su itinerario disciplinar y profesional. La fe posee una dimensión de racionalidad que conviene honrar. *Fides quaerens intellectum*, este adagio de san Anselmo, que rige desde hace tantos siglos el trabajo de lo que se ha convenido en llamar las ciencias sagradas², y principalmente de la teología, merece que reflexionemos hoy sobre él a partir de nuevos parámetros.

es preciso señalar que las facultades de teología han evolucionado considerablemente a lo largo de estas últimas décadas, al mismo tiempo que la universidad se desarrollaba en varias regiones del mundo. Con gran frecuencia, las facultades se identificaban con los seminarios mayores y su programa de estudio estaba definido en función de la formación del clero futuro. A partir de los años sesenta y setenta, por lo menos en el continente europeo, varias universidades católicas, con el fin de asegurar su modernización y su desarrollo como instituciones de enseñanza superior, destacaron más su carácter secular y público. en cierto modo, *desclericalizaron* sus estructuras y solicitaron la ayuda financiera del Estado y, cuando era posible, apoyaron la democratización de la enseñanza y la accesibilidad a los

2 Las ciencias sagradas se componen de la filosofía, la teología y del derecho canónico. estos ámbitos académicos forman, junto con las ciencias sociales, el corpus global de las facultades que el derecho canónico denomina *eclésiásticas*.

estudios. en el plano pedagógico, se reformaron los programas de estudio teniendo en cuenta nuevos estándares nacionales e internacionales, y la investigación científica experimentó un impulso considerable. Todos estos factores tuvieron un impacto sobre el proyecto de formación teológica y sobre su sitio y su papel en el sistema universitario. Las instituciones de teología ya no podían darse por satisfechas invocando calmamente la tradición, que, por otra parte, es imprescindible conocer para garantizar su presencia en la universidad y justificar su misión en la sociedad. ¿Podríamos decir que esto supuso el paso de una teología de repetición a una teología de interrogaciones, de diálogo, a una teología crítica?

Por ejemplo, hubo una época en que la teología dogmática se consagraba principalmente a una reflexión sobre el dogma de la Iglesia y sobre su presentación. Hubo otra en la que, confrontadas con una puesta en tela de juicio de la tradición y de la actitud creyente por parte de las ciencias históricas, las facultades de teología se asignaron, esencialmente, como tarea explorar el patrimonio que les legaba la historia. estos dos modos de proceder parecían poco conciliables, dado que la crítica histórica estaba considerada como algo que hacía correr un riesgo a las síntesis dogmáticas. Parece cada vez más claro que hemos entrado en un nuevo periodo, que integra las adquisiciones de la investigación histórica y el despliegue de la experiencia teológica en el pensamiento teológico. La cuestión de la verdad sigue planteada, no ha sido reducida a la acumulación de formulaciones heredadas del pasado, sino que ha sido asumida en un movimiento de tradición unificadora que se construye y se reflexiona. Los compartimentos casi estancados que han existido entre lo que se había convenido en llamar teología positiva, teología especulativa y teología práctica se consideran a partir de ahora como la herencia de una situación que se había endurecido exageradamente. Los teólogos y los exégetas son conscientes de que su relación tiene que ser repensada. Hay aquí una tarea que están realizando ahora las facultades de teología y de ciencias de la religión, dado que se ha vuelto necesaria, a la búsqueda de una verdad teológica, una mejor articulación entre estos diferentes modos de proceder, a la luz, por supuesto, de los aportes de las ciencias modernas.

el mundo contemporáneo plantea asimismo nuevas cuestiones que conducen a los profesores a emprender investigaciones apropiadas, las cuales cruzan en la medida de lo posible sus disciplinas: teología de las religiones,

hermenéutica, dimensión narrativa de la teología y de la exégesis, recurso a la escritura como fuente de una teología moral, sin olvidar los descubrimientos de la psicología y sus aplicaciones, por no citar más que algunas.

En filosofía se está formalizando un trabajo análogo. La reivindicación de una racionalidad pura, libre de toda pertenencia confesional o política, casi ha sido dejada de lado por los filósofos contemporáneos. La mayoría de ellos reconoce el papel de la creencia, a menudo sin un vínculo necesario con una trascendencia o con una fe, en todo proceso filosófico. La reflexión sobre la articulación entre racionalidad y creencia, sin ninguna intención de anexionar el pensamiento de los filósofos agnósticos o ateos, constituye una de las tareas que puede darse una facultad católica de filosofía en diálogo con teólogos. Las enseñanzas y las investigaciones en los campos de la metafísica, de la filosofía de la religión, de la fenomenología y de la hermenéutica se insertan en esta corriente. De pasada, recordemos el viejo adagio *bonus metaphisicus, bonus theologicus*. ¿Cómo es posible pensar en emprender un itinerario teológico sin contar previamente con unas bases sólidas en filosofía?

También se está desarrollando un trabajo análogo en el derecho canónico. Como ciencia positiva, la historia de las instituciones y la filosofía del derecho cuestionan las leyes escritas y el derecho consuetudinario. La publicación en 1983 y 1990 de los dos códigos de derecho canónico, el de la Iglesia latina y el de las iglesias orientales, ha puesto el acento en el necesario diálogo entre derecho canónico y culturas. Existe una urgente necesidad de investigar tanto en el campo de la antropología filosófica como en el de la teología del derecho canónico, o bien en el de una eclesiología replanteada del derecho canónico, lo que abre a una facultad de teología donde se enseñe también esta materia (caso habitual en la mayoría de nuestras universidades) nuevos campos de trabajo.

Las facultades de teología, al adquirir una cierta autonomía respecto de los seminarios mayores, que eran antes la sede de las facultades eclesiásticas, se han abierto, por consiguiente, a profundas transformaciones. Las clientelas estudiantiles se han diversificado al acoger cada vez más a laicos, hombres y mujeres. Se han implantado programas de formación pastoral o catequética o de ciencias de la religión. Las ciencias humanas han hecho su entrada de manera progresiva, tras introducir nuevos enfoques, nuevas lecturas de las realidades culturales, eclesiales y teológicas. Las ciencias de

las religiones han despertado cada vez más interés por todas partes. el desarrollo de la enseñanza para adultos y del modelo de la formación continua también han modificado el trato pedagógico de las cuestiones teológicas. De este modo, el proyecto teológico de las facultades eclesíásticas se ha ido definiendo, teniendo en cuenta las nuevas cuestiones planteadas por la cultura. Lo que se pide ahora a los teólogos es la distancia de un pensamiento crítico respecto de las exigencias cada vez mayores a la inteligencia de la tradición y de la complejidad de una palabra eclesial recibida en los contextos del pluralismo cultural y religioso contemporáneo.

Los teólogos se encuentran también en último *extremo* en una especie de dilema permanente. No son creíbles como universitarios más que si argumentan con toda libertad tras insertarse en lo que el teólogo Christian Duquoc llama una “democracia de opiniones” (2002, p. 13), manifestada en el debate público en el seno de nuestra cultura. Por el contrario, no pueden presentarse como teólogos más que si aceptan la mediación de la escritura, de la tradición y del Magisterio eclesial. ¿Cómo honrar estos dos polos frecuentemente irreconciliables en apariencia? Lo menos que se puede decir es que la universidad católica tiene el deber de reubicar a la teología en el debate cultural contemporáneo. Al respecto cito el vigoroso pensamiento de Juan Pablo II expresado en la constitución apostólica *Ex corde ecclesiae*:

Una fe que se colocara al margen de todo lo que es humano, y por lo tanto de todo lo que es cultura, sería una fe que no refleja la plenitud de lo que la Palabra de Dios manifiesta y revela, una fe decapitada, peor todavía, una fe en proceso de autoanulación (núm. 44).

Más recientemente, el papa Benedicto XVI reafirmaba, con fuerza, que el acto educativo se arraiga en una antropología *concreta*, ahí mismo donde Juan Pablo II hablaba de antropología *integral*. Para tal, nos propone agrandar los espacios de la razón³ yendo mas allá de las reducciones operadas por el iluminismo, donde esta misma razón desaparece en beneficio de las luces que emanan directamente de Dios. Benedicto XVI nos invita a la apertura, al enriquecimiento, pasando de la *ciencia* a la *sabiduría*, de la *razón* a la *fe*, del

3 Discurso ofrecido en la Universidad de Ratisbona, el 12 de septiembre de 2006.

logos al amor⁴. Con cierta audacia, pone, frente a frente, la universalidad de Dios y la universalidad de la razón abierta a Dios⁵. Propone una razón abierta a todas las ciencias, a las reglas éticas; una razón cuyas finalidades son la sabiduría y la verdad, una razón iluminada por la fe, interpretada en el amor y en el compromiso. el *Homo sciens* (el hombre científico) debe abrirse al *Homo sapiens* (el hombre sabio), y este debe encaminarse hacia el *Homo credens* (el hombre creyente), para así pasar de la historia a la eternidad. es cierto que la filosofía salvó el *logos* del *mitos* (mito), pero hoy es importante destacar la reflexión filosófica de su autosuficiencia y hallar nuevamente la dimensión trascendente y religiosa de la razón.

La consecuencia de esta visión se expresa en una nueva *unidad del saber*, hoy en día gravemente amenazada por la hiperespecialización. Al respecto, Benedicto XVI habla de una “búsqueda sinfónica de la Verdad”⁶, con la cual alude a una obra magnífica de su colega y amigo, el teólogo suizo Von Balthasar. Con esta perspectiva, el trabajo cotidiano de la universidad católica, de una facultad de teología fundada en el diálogo constante entre razón y fe, tiene que ser el del descubrimiento de la unidad intrínseca que debe unir los diferentes ramos del saber. en este sentido, Benedicto XVI habla de universidad católica y la compara a un verdadero “laboratorio de cultura”; tal vez, pudiéramos añadir “laboratorio de humanismo”, “laboratorio de nuevo humanismo”.

Perspectivas

La universidad católica no es una supervivencia del pasado. Más bien responde a las necesidades de nuestros días, porque es nutrida y portadora de una tradición de esperanza, sentido y servicio. Captar las grandes problemáticas de nuestro tiempo y responder a ellas mediante la elaboración y la

4 Discurso con ocasión del VI Simposio europeo de Profesores Universitarios. Roma, 7 de junio de 2008.

5 Discurso dirigido al mundo de la cultura. París, 12 de septiembre de 2008.

6 Discurso dirigido a los profesores y estudiantes de la Universidad de Parma, el 1 de diciembre de 2008.

difusión de conocimientos es su misión, y la razón de ser de la Federación Internacional de Universidades Católicas. La *moto* de la Federación, *Sciat vt serviat*, encarna bien este estrecho vínculo que se esfuerza en construir y desarrollar con las universidades católicas entre la construcción colectiva del saber y la transformación de sus adquisiciones, en otros tantos beneficios útiles y duraderos para la humanidad. De ahí la importancia que tiene, a buen seguro, para nuestras universidades formar excelentes profesionales, pero, al mismo tiempo, que estos sean personas responsables, críticas, preocupadas por edificar un mundo más justo y más humano. Esto significa, por consiguiente, que nuestra misión no será completa si nos hemos limitado a formar profesionales competentes; debemos ayudar a nuestros estudiantes a cultivar en ellos ese *suplemento de alma* que les convertirá en líderes, en campeones de la conciencia social y de la solidaridad. Ahí reside la originalidad de la formación que buscan las jóvenes generaciones cuando vienen a tocar a las puertas de nuestras universidades católicas.

La teología debe ocupar también todo el espacio que le corresponde en este proyecto cristiano de itinerario universitario; los grandes desafíos ligados a la misma formación y los que nos plantea el mundo contemporáneo pueden ser así leídos y aprehendidos a la doble luz de la ciencia y de la fe. La persona humana y la ética cristiana encuentran así su despliegue en el corazón del proyecto universitario; tenemos el deber de preservar celosamente este espacio y hacerlo lo más inteligible posible para todos.

La inserción de la teología en universidades públicas o privadas (habitualmente las católicas) invita al diálogo entre las disciplinas teológicas y las otras ciencias y conocimientos técnicos en el seno de la universidad. Más aún, el reto de la teología como ciencia universitaria reside en la creación de una nueva relación que se establezca entre la fe y la razón en unos marcos pluralistas. El hombre no podría dar su asentimiento en la fe a ninguna afirmación, sino la comprendiera en cierto modo. La reflexión es algo necesario en cada momento de nuestra vida de fe; sin que siempre tomemos conciencia de ello, se apodera fácilmente del creyente un laxismo-relajamiento-aflojamiento del pensamiento, un repliegue piadoso sobre lo ya adquirido, y si no nos ponemos en guardia, embalsamamos la gracia recibida.

en este sentido, nos asechan tres tentaciones: el *racionalismo teológico*, que convierte al cristiano en un puro espectador de la divinidad y no en un

actor de su gracia; el *fideísmo sentimental*, que reduce el cristianismo a una emoción subjetiva; y el *moralismo fariseo*, que se atiene a un simple catálogo de valores y de códigos, tras olvidar que la fe es un acto de amor, un encuentro desgarrador y unificador y, a la vez, una alegría siempre al límite de nuestros sueños y de nuestras esperanzas, a la altura del hombre y a la altura de Dios.

Referencias

- Certeau, M. (1974). Comme une goutte d'eau dans la mer. En *Le christianisme éclaté*. París: Éditions del Seuil.
- Duquoc, C. (2002). *La théologie en exil. Le défi de sa survie dans la culture contemporaine*. París: Bayard.
- Vaticano (1965). Declaración *Gravis-simum Educationis Momentum*. Roma: editorial Vaticana.

